

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA

# Herejes Luteranas en Valladolid

FUEGO Y OLVIDO SOBRE  
EL CONVENTO DE BELÉN

**Asunción Esteban Recio**  
**Manuel González López**

Universidad  
de Valladolid



**HEREJES LUTERANAS EN  
VALLADOLID**

**Fuego y olvido sobre el convento  
de Belén**

Colección: Igualdad, nº 6



ESTEBAN RECIO, Asunción.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Manuel

Herejes luteranas en Valladolid : Fuego y olvido sobre el convento de Belén Universidad de Valladolid, ed. 2021

400 p. : il. col. ; 24 cm. Igualdad (Universidad de Valladolid) ; 6

2ª ed. (corr. y aum.)

ISBN 978-84-1320-125-2

1. Protestantismo – Mujeres – España – Valladolid. 2. Herejías y herejes - España – Valladolid – Historia - Siglo XVI. 3. Convento de Belén (Valladolid, España) – Historia - Siglo XVI. I. Asunción Esteban Recio. II. Manuel González López. aut. III. Universidad de Valladolid, ed. IV. Serie

274-055.2(460.185)

ASUNCIÓN ESTEBAN RECIO  
MANUEL GONZÁLEZ LÓPEZ

# **HEREJES LUTERANAS EN VALLADOLID**

**Fuego y olvido sobre el convento  
de Belén**



EDICIONES  
Universidad  
Valladolid<sup>de</sup>

---

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

---

---

En conformidad con la política editorial de Ediciones Universidad de Valladolid (<http://www.publicaciones.uva.es/>), este libro ha superado una evaluación por pares de doble ciego realizada por revisores externos a la Universidad de Valladolid.

---

Con la colaboración de *Territorios de la Memoria*

© Los Autores. Valladolid, 2021

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

Diseño de cubierta: Pablo Salvador Mesón

Fotografía de portada: “Reja del convento de Santa Catalina”, de Víctor Barrasa Muro

ISBN: 978-84-1320- 125-2

Dep. Legal: VA 329-2021

Imprime: PODIPRINT

## Índice

LA BOLA QUE LLORA.....	17
PRÓLOGO.....	19
AGRADECIMIENTOS.....	27
INTRODUCCIÓN.....	29
1. La memoria entre la niebla o como Valladolid perdió su identidad.....	29
1.1. La memoria no es imparcial: historia y justicia.....	30
1.2. El auto de fe: antorchas en la tarde.....	31
1.3. El pensamiento único y la falta de piedad.....	32
2. Proceso contra la búsqueda de la razón.....	33
2.1. La ciudad amnésica.....	34
2.2. La memoria como segunda oportunidad.....	35
2.3. Una ciudad empeñada en degradarse.....	35
2.4. La <i>Isleta</i> o <i>Corralón de Belén</i> .....	36
3. Años de atardecer y de sombras.....	37
3.1. No pensar o el relato de un fracaso.....	37
PRIMERA PARTE. El nacimiento del Triángulo Místico (siglos XII al XV).....	39
1. El monasterio templario de San Juan.....	41
1.1. Jerarquía de intereses en la concepción de la ciudad.....	42
1.2. El <i>Triángulo Místico</i> o el milagro que fue.....	43
1.3. El rastro templario de Valladolid.....	44
1.4. El canciller Nuño Pérez de Monroy, abad y consejero de la reina María de Molina.....	45

1.5. La ermita de San Juan y los vericuetos de su historia: del San Juan el Viejo al San Juan el Nuevo .....	47
1.6. El obispo Gandásegui y su alcázar de Cristo Rey .....	51
2. El convento cisterciense de las Huelgas Reales .....	53
2.1. El Prado de la Magdalena: los aledaños de San Juan el Viejo.....	53
2.2. Nada acontece por casualidad.....	54
2.3. Entre la historia y el presente se mueve la responsabilidad .....	54
2.4. El Temple y el Císter bebían de idéntica fuente .....	56
2.5. Doña Sancha de Castilla «repobladora de conventos».....	56
2.6. El beaterio vallisoletano del Prado de la Magdalena.....	57
2.7. La presencia del fuego desolador: transformación del beaterio.....	59
2.8. Teresa y Gil y María de Molina.....	60
2.9. Fundar un convento: pasaporte para el cielo.....	64
2.10. Poder y piedad: la fundación del monasterio de las Huelgas de Valladolid.....	67
2.11. El testamento de María de Molina.....	71
2.12. La historia intramuros en las Huelgas Reales .....	76
2.13. La poderosa familia de los Mendoza.....	77
3. La <i>Isleta</i> de Belén, paradigma y clave de la historia de Valladolid.....	81
3.1. Compra del solar y fundación del primer Colegio Mayor de Santa Cruz.....	82
3.2. La <i>Isleta</i> de Belén: escenario para una «historia» de Valladolid.....	84
 SEGUNDA PARTE. Historia del convento de Nuestra Señora de Belén.....	 89
1. La década deslumbrante .....	91
1.1. Fe y vecindad se dan la mano .....	94
1.2. De la transformación urbana a la reforma del pensamiento.....	96
1.3. Doña Mencía de Guzmán, fundadora del convento de nuestra señora de Belén .....	99
1.4. Fundación y dotación del monasterio.....	103
2. La primera comunidad del convento de Nuestra señora de Belén. Dos abadesas en conflicto .....	107
2.1. La entrada en el nuevo monasterio .....	110
2.2. Los linajes en el convento .....	112
2.3. Primer inventario del convento de Belén: utensilios, títulos, juros, rentas y maravedíes .....	115
2.4. La dote, garantía y seguro de vida .....	117
2.5. La vida cotidiana en un convento cisterciense.....	119
2.6. La compleja organización del convento y el papel de una abadesa .....	121
 TERCERA PARTE. El fuego de la intolerancia y las mil inquisiciones.....	 125
1. La herejía como sedición política.....	127
1.1. La puerta del fuego es la herejía.....	127

1.2. Roma y el Imperio prenden fuego a los padres de la Reforma: Wyclif y Hus .....	131
1.3. Erasmo de Rotterdam y el hombre renacentista: escéptico, crítico y creyente.....	133
1.4. La escolástica deja paso a la razón y la ciencia.....	135
1.5. Todos reclamaban y temían algo. Erasmo de Rotterdam y España .....	137
1.6. Erasmo era holandés, pero el erasmismo fue español .....	139
1.7. Un miniconcilio en Valladolid contra el erasmismo .....	141
1.8. España muda, paralizada y sola .....	142
2. Asombroso y sombrío Lutero .....	145
2.1. Lutero y el fuego: he atravesado la hoguera.....	150
3. El luteranismo español.....	151
3.1. Valladolid: origen y tumba del luteranismo español.....	152
3.2. Raíces doctrinales de los misticismos españoles .....	153
3.3. Místicos, dejados, alumbrados y ... ¿luteranos?.....	156
3.4. El obispo Bartolomé Carranza: de dominico de San Pablo a mártir del pensamiento libre .....	159
3.5. El sermón de Carranza, la princesa Juana y el Gran Inquisidor .....	161
3.6. Valladolid, un hervidero de rumores y espionajes.....	162
3.7. Un infierno por purgatorio: Carranza encarcelado .....	164
3.8. Carranza, manantial y faro del luteranismo vallisoletano .....	165
4. El grupo luterano de Valladolid. De Carlos Sesó a los hermanos Cazalla.....	167
4.1. Una traición que desencadenó el proceso.....	168
4.2. La Santa Inquisición y las mil inquisiciones .....	170
4.3. Ignacio de Loyola en Valladolid.....	172
4.4. El periplo vallisoletano de Francisco de Borja.....	173
4.5. Aquella villa del Pisuerga.....	175
5. El proceso inquisitorial y los autos de Fe .....	177
5.1. Las casas de la Inquisición en Valladolid.....	178
5.2. Un escarmiento ejemplar y purificador .....	182
5.3. «Algún día estas cosas serán consideradas un atropello contra la libertad» .....	183
6. Protagonistas a escena.....	185
6.1. La familia Vivero .....	185
6.2. Agustín de Cazalla y el aguijón luterano.....	189
6.3. Don Carlos de Sesó, mendigo de razones .....	190
6.4. Fray Domingo de Rojas, de la debilidad a la fortaleza del último suspiro.....	191
6.5. Pedro Cazalla, el cura de Pedrosa, incansable propagandista.....	193
7. La presencia de las mujeres en el grupo luterano de Valladolid.....	197
7.1. Las perdedoras de la historia inician el feminismo.....	198
7.2. Beatriz de Vivero. La fortaleza de la convicción.....	200
7.3. Ana Enríquez, la belleza que impresionó al tribunal .....	203
7.4. Las inquietas e inquietantes monjas del monasterio de Nuestra Señora de Belén .....	206
8. Doña Marina de Guevara, la convicción frente a la obcecación del Imperio .....	213

8.1. Pensar es un peligro .....	214
8.2. Creer significa ser capaces de soportar dudas .....	215
8.3. El proceso tras la traición.....	216
8.4. «No sé todavía por qué soy llevada a prisión».....	218
9. El auto de Fe de octubre de 1559: mezcla de espectáculo, provocación y ansiedad religiosa.....	223
9.1. El Valladolid de la Corte, el fuego y la miseria .....	224
9.2. Una apacible idea de la gloria .....	225
9.3. 1559, año pródigo en espectáculos .....	226
9.4. Saco bendito y capirote para el gran acto sacrificial.....	227
9.5. Y todo en presencia de un rey, hijo de Valladolid.....	229
9.6. Altanero y despiadado Valdés.....	229
9.7. Hijas de Dios quemadas como escoria. Las monjas de Belén.....	230
10. Arde la villa medieval y amanece la nueva ciudad.....	232
10.1. Dos años apocalípticos: 1560-1561 .....	233
10.2. Nace la ciudad renacentista .....	235
10.3. La primera lotería.....	236
10.4. Valladolid consigue el obispado y el reconocimiento de ciudad.....	237
 CUARTA PARTE. La ciudad que pudo ser y no fue .....	 239
 1. El primer duque de Lerma: El gran usurpador, patrono del convento de Belén.....	 241
1.1. La especulación como sistema de desarrollo y enriquecimiento.....	241
1.2. El resurgir del monasterio de Belén tras el auto de Fe de 1559 .....	243
1.3. El palacio del rey como aposento del duque de Lerma.....	245
1.4. El triángulo regio de Lerma suplanta al <i>Triángulo Místico</i> .....	246
1.5. El palacio de la Ribera junto al Pisuerga .....	247
1.6. La Huerta del Rey en el siglo XX: asentamiento de la nueva burguesía vallisoletana .....	248
2. El patronazgo del Duque sobre el monasterio de Belén.....	251
2.1. Un templo para el monasterio de Belén: San Juan el Nuevo.....	253
2.2. Una cruz de piedra para perpetua memoria .....	255
2.3. La duquesa de Lerma reposa en el convento de Belén antes de partir hacia su última morada ...	256
2.4. Se acabaron los negocios: el Duque vuelve a Madrid.....	257
3. Cara y cruz de la invasión. Napoleón Bonaparte en Valladolid .....	259
3.1. En caballo hasta el palacio real .....	259
3.2. La guerrilla vallisoletana .....	260
3.3. La influencia francesa, látigo y bálsamo para ciudad herida .....	262
4. La destrucción de la ciudad levítica. Las medidas desamortizadoras.....	263
4.1. El acopio de viviendas y el nuevo mercado inmobiliario .....	266
4.2. Inventar la ciudad o la reivindicación de la ciudadanía.....	267

QUINTA PARTE. El ocaso del <i>Triángulo Místico</i> .....	269
1. El siglo XIX: de ciudad provinciana a ciudad adulta.....	271
1.1. «Hacer de la necesidad virtud». La consolidación de la burguesía .....	272
2. El declive del <i>Triángulo Místico</i> .....	273
2.1. La parroquia de San Juan se traslada al templo de Belén.....	273
2.2. Las Huelgas: cenizas del tiempo y nuevas exigencias .....	274
3. Y llegó el abandono de Belén: unas ruinas, algunas fechas y poco más.....	276
3.1. El convento de la Merced Calzada, ejemplo de abandono y rapiña.....	277
4. El ocaso de Belén .....	279
4.1. Los últimos días del monasterio Belén.....	280
4.2. Dejar caer la historia o el beneficio de las ruinas.....	281
4.3. Pero los vecinos reivindicán su plazuela .....	282
4.4. De convento a ruina y de ruina a parcela especulativa.....	284
4.5. La dinastía y poder de los hermanos Sigler.....	285
4.6. El revés de la trama.....	288
4.7. Su ruina no fue una casualidad: alguien estaba interesado en ella.....	288
4.8. Educar sobre las ruinas cistercienses .....	289
4.9. El círculo se cierra: jesuitas en territorio luterano .....	290
4.10. Juan Sigler vuelve a escena.....	291
4.11. Una ruina en discusión: el triste final del templo de San Juan el Nuevo .....	292
4.12. Las últimas huellas de Belén. La bola que llora .....	295
4.13. La historia herida .....	295
EPÍLOGO PARA UNA URGENCIA.....	297
APÉNDICE DOCUMENTAL.....	301
1. Línea genealógica del patronazgo del convento (siglos XV-XIX).....	303
2. Pleito matrimonial de Diego Gómez de Rojas y de Sandoval contra Mencía de Guzmán. ....	306
3. Breve de Alejandro VI sobre causa matrimonial entre los marqueses de Denia (1494).....	312
4. Testamento abreviado de doña Mencía de Guzmán, marquesa de Denia (18 de marzo de 1508) .....	314
5. Nombramiento de la abadesa de Belén (1509) .....	320
6. Primer Inventario de los bienes del convento de Nuestra Señora de Belén (1509).....	326
7. Inventario de los bienes que pertenecieron a doña Leonor de Vivero.....	339
8. Memoria de los testigos que declararon contra doña Marina de Guevara en el proceso de 1559.....	347
9. Discurso de Carlos de Seso en el proceso contra los luteranos de Valladolid (1559) .....	348
10. Condenados en los autos de Fe de Valladolid del 21 de mayo y 8 de octubre de 1559 .....	350
11. Patronato del duque de Lerma sobre la iglesia de Belén (1601).....	359
12. Listado de monjas profesas del convento de Nuestra Señora de Belén (siglos XVI al XVIII) .....	369

13. Carta dirigida al arzobispo de Valladolid D. Remigio Gandásegui relativa a la parroquia de San Juan (1929).....	376
1. Carta dirigida al arzobispo de Valladolid por D. Antonio García y García relativa a la parroquia de San Juan (1944).....	378
2. El corralón de San Juan (Belén) en la configuración de la parcela del colegio de San José de Valladolid.....	379
BIBLIOGRAFÍA.....	385

*A María Antonia, compañera y amiga,  
que supo crear un entorno acogedor para que  
este libro se escribiera día a día y sorbo a sorbo.*



*“Hubo un mundo, un sueño que quiso hacerse realidad y fue abortado; hubo un tiempo en que el impulso creador, compartido por las gentes más diversas recorría Europa: evangelistas espontáneos, ascetas y monjes, nobles y campesinos, mujeres y hombres, parecen animados por un mismo aliento espiritual en nombre del ideal evangélico, perdido ya por la Iglesia...”*

Simone Weil (1909-1943)





## *La bola que llora*

No queda de ella otra cosa. Ahí está, incrustada en un tapial, no se sabe si como adorno desprotegido e inútil o, peor aún, si está allí para escarnio público, jeroglífico sin sentido, expuesta a los cuatro vientos. Es un residuo, una pieza descolocada, un disparate. Se trata del remate esférico de una columna del templo de Nuestra Señora de Belén. Un desvarío más en el tratamiento del patrimonio histórico y artístico de Valladolid, una pieza desencajada del conjunto que le daba sentido. Un ejemplo humilde y silencioso de la tragedia de nuestro patrimonio echado a perder, malvendido o manifiestamente sacrificado por la incuria, la desvergüenza y la rapiña. Simplemente una bola de piedra, corona de la columna que adornaba la fachada del templo que el duque de Lerma hizo construir a Juan de Nates para las monjas cistercienses de Belén, después de que algunas de ellas fueran quemadas como antorchas en el Campo Grande por la católica Inquisición.

Ahí está como testimonio mudo. Apartada y desconocida, expulsada de su ciudad. Dicen que por las noches se la oye llorar.



## Prólogo



He aquí una historia, y más que una historia, de Valladolid. Y no solamente de Valladolid, como podrá percibir enseguida el lector. Porque este libro, con su título ya tan prometedor, recurre también a los sentimientos, a realidades que no suelen tenerse en cuenta, con una documentación formidable, pero también, por fortuna, con imaginación, con fantasía, tan buenas operarias para reproducir el recuerdo. Un recuerdo muy bien escrito además, y que se convierte en presencia permanente, acosada por el fuego, por el olvido, y revivida gracias a reflexiones y sensaciones como las que se refieren en un libro trabajado con primor.

El centro de referencia es, no hay duda, el Valladolid de por 1559, pero con un antes que arranca de muy atrás y con un después que llega hasta hoy mismo. Asunción Esteban Recio es una medievalista acreditada que conoce muy bien aquellos tiempos de la Villa; Manuel González López es un observador atento, comprometido, con una preparación envidiable y que ha vivido en los espacios de referencia (con la importancia decisiva que tienen en estas páginas los espacios) en sus últimos procesos de desaparición, de relevo y desmemoria.

Se vertebra, en efecto, esta historia en torno a un “triángulo” singular y conductor. Hoy en día no es frecuente, si es que se da, entre los historiadores profesionales el recurso al simbolismo como realidad histórica y como vehículo de interpretación. Pues hete aquí que estas páginas son un festín simbólico. Giran, todas ellas, en torno a la clave (a la realidad si se quiere) del “Triángulo místico” en su formación, en su ser y en su olvido.

El primer ángulo contemplado es el de los Templarios, y hay que agradecer la información que los autores proporcionan y que permite conocer mejor aquel asentamiento de la orden en San Juan en Valladolid, no siempre al tanto de su pasado y menos aún cuando el pasado resultaba un tanto misterioso como lo era el de aquella orden militar. No lo es tanto el proceso de desaparición del complejo, del edificio, de la iglesia pobre que quedó hasta la ocupación posterior del espacio por la parroquial de San Juan. Precisamente por la orfandad documental a este propósito es más de agradecer el esfuerzo de los autores por recrear lo que supuso la presencia del Temple en la villa.

La segunda referencia es la de las Huelgas Reales, en el otro ángulo. En contraste con las oscuridades anteriores, la de las Huelgas es una historia mejor conocida, con sus inicios de beaterio hasta la conversión en un monasterio regular y representativo, rico y linajudo, relacionado con Teresa Gil, con María de Molina, y centro activo de espiritualidad bernarda, que es otro de los rasgos (quizá el más significativo) de esta construcción ideal y espacial.

Este triángulo se completa con el otro monasterio, el de Nuestra Señora de Belén, nacido del de las Huelgas a principios del siglo XVI. Fue, éste, un tiempo de crecimiento de Valladolid, de ebullición cultural, de humanismo, explicable, entre otros motivos, por la frecuencia de las estancias de la corte real en la Villa, con sus estructuras sacralizadas. Y fue este espacio, el de la *Isleta* o *Corralón* de Belén, la síntesis brillante de aquella agitación espiritual, cultural e incluso administrativa: “del original asentamiento templario –se dice-, la *Isleta* pasó a ser aposento de obispos, palacio cardenalicio, colegio mayor, vivienda de inquisidores, convento cisterciense”, hasta convertirse en su destino final, el de ahora, de colegio de jesuitas. Pero antes, y lo acentúan los autores, al principio, en ese espacio y colindantes, convivieron los inquisidores y “las monjas que ellos mismos quemarían” y que, en cierto sentido, serán protagonistas en esta atractiva recreación histórica.

Es, por tanto, natural, y de agradecer, que el libro se esfuerce por ofrecer la vida del convento de bernardas y que en esta investigación tan seria se ofrezca un cuadro logrado de los orígenes algo conflictivos del convento, de la fundadora con sus condiciones. Pero los autores no se quedan en ello, y con base documental muy trabajada y abundante (y nueva muchas veces), incluso con inventarios expresivos, con testamentos, etc., pueden ofrecer la vida cotidiana de la comunidad, las dotes, la riqueza y la pobreza, el día a día desde laudes (o maitines) hasta completas; los silencios, los trabajos y las comidas, la clausura (había mozas al servicio de las monjas); algo tan esencial como el signo de identidad de los hábitos con su distinción entre el de las legas y el de las coristas. Se ofrece una historia “conventual” sensible que no es frecuente encontrar en trabajos de este género.

A partir del monasterio de Belén, y de aquel Valladolid de los incendios casi periódicos, de las hogueras del quemadero, el libro tendrá como referencias la ortodoxia, la Inquisición, el fuego (o los fuegos): “Nuestra historia –dicen- es resumen de todas las inquisiciones y todos los fuegos, pero también es el canto sosegado y recuperador de la salve en un convento del Císter a la hora del crepúsculo”. Huelga advertir que Asunción Esteban es una especialista en historia de las herejías, no solamente de las medievales, también de las modernas, y Manuel González, experto en la teología, que dominaba todo por entonces, consiguen ahora revivir el tiempo más agitado y brillante y ardiente (por lo de las llamas) del pasado de Valladolid. Un tiempo con un fuego que se cebaría, no única pero sí de forma significativa, en una familia (la de los Cazalla), y en este monasterio de las monjas de Belén, implicadas por la Inquisición en la herejía luterana. Y ahí está lo que suponía entonces ser hereje (el peor de los delitos), lo que era la Inquisición, joven en Castilla, cancerbera de la ortodoxia, valor supremo en aquellas sociedades, en aquella Iglesia, en aquellos Estados.

El lector encontrará un panorama sugestivo y nuevo de aquellos acontecimientos tan historiados. Y que no brotaron por generación espontánea, sino que estuvieron precedidos (anunciados) por movimientos y presencias propias de un Valladolid cosmopolita como era el de aquella corte de los tiempos del emperador Carlos V: en su fase primera de apertura a todos los vientos culturales; en la final de Yuste lamentando su fracaso ante los luteranos en Alemania, que desembocaría en las hogueras inquisitoriales de Valladolid (y de Sevilla). El clima que se vivía, los miedos que se infundían, convirtieron a Lutero y al luteranismo en el fantasma omnipresente que había que extinguir.

Sin embargo, no conviene olvidar que antes de ello, mucho antes, en Valladolid se vivió un erasmismo preconizador del luteranismo y que refleja este libro con trazos envidiables. Le agrada a uno que se dé lugar en estas páginas a lo que la presencia de Erasmo supuso, concretamente por Valladolid, sus lugares y sus cercanías. Ya se sabe: Erasmo rechazó reiteradamente la invitación (sugerida por el abad palentino de Husillos), para acudir como lector a Alcalá cisneriana embarcada en su Biblia Políglota. Y es que no le gustaba España: “non placet Hispania” (decía que estaba llena de su aborrecida mentalidad judía, de judíos). Y no vino a España, pero sí llegaron sus libros, y en torrentera. Tienen razón los autores al recoger impresiones tan certeras como la formulada por José Luis Abellán con su tesis: “Erasmo era holandés, pero el erasmismo fue español”.

Este erasmismo hispanizado puede percibirse en la traducción de sus libros. Por ejemplo, en el *Manual del caballero cristiano* en una de las traducciones más hermosas, la del palentino Arcediano de Alcor, que castellanizaba a Erasmo hasta tal extremo, que le hacía decir “el hábito no hace al monje” donde el autor había escrito el principio mordaz de “monacatus non est pietas” (el ser monje no es piedad) que le concitó tantos y tan poderosos enemigos.

Lo mismo que el Arcediano de Alcor hacía el beneditino de la Congregación de San Benito de Valladolid fray Alonso de Virués en su traducción de los *Coloquios familiares*. Valga un ejemplo entre tantísimos como cabría recordar: el del coloquio “feminista” que se desarrolla entre la dama (erasmista) Magdalia y el zafio abad Antonio, incapacitado para comprender que las mujeres leyeran libros, menos aún la Sagrada Escritura. Magdalia le echa en cara el ejemplo antiguo de Paula y Eustoquio, las discípulas de san Jerónimo, y le amenaza con el porvenir: “En la actualidad podemos encontrar mujeres de la más alta distinción, y en mayor número de lo que te puedas imaginar, que pueden competir con cualquier varón docto, particularmente en España y en Italia, y lo mismo sucede en Inglaterra con la familia de Tomás Moro y en Alemania con de Willibald Pirckheimer y de Ambrosio Blaurer. Y como no andéis con cuidado los hombres, acabaremos las mujeres leyendo en las cátedras teología en lugar vuestro y predicando en los templos y llevando vuestras mitras”. Virués, en su traducción, prescinde de los nombres y familias de Moro, de Pirckhe (o la amenaza) de llevar las mitras: lo de llegar a obispos las mujeres le debía de resultar demasiado fuerte.

Había más por aquel Valladolid, por el que corría manuscrito el diálogo entre *Lactancio* y *el Arcediano*, compuesto por el secretario del emperador Alfonso de Valdés (se dijo de él ser más erasmista que el propio Erasmo), en el que hasta se justificaba el saqueo de Roma, y se criticaba de tal suerte la religiosidad popular y al papa, que el sacristán del escenario de la conversación demoledora, la iglesia de San Francisco, se vio obligado a echarlos de allí. Los interlocutores se citaron para proseguir la charla, pero en el templo de San Benito el Real, con monjes más humanistas.

Fue el tiempo, en fin, de uno de los debates de más altura: el tenido en la villa entre los fervientes partidarios y los detractores de Erasmo en 1527. Lo refleja también *El hereje* de Miguel Delibes, cuando en el “colegio”, en que está Cipriano Salcedo, los niños llegaron a las manos y a algún descalabro en su, inverosímil pero elocuente, discusión sobre Erasmo sí, Erasmo no. Y aprovecho la mención anterior para decir que por las páginas del libro revolotea esta novela con sus lamentos por aquello y con sus ideales de tolerancia.

. . .

Descubrirá el lector cómo en el libro hay un discurso riguroso que va dirigiendo todo o casi todo a la parte más apasionante, la que se enuncia como “El fuego de la intolerancia y las mil inquisiciones”, a lo que se podría añadir “y las mil herejías”. Asunción Esteban sabe y ha escrito muy bien ya de los antecedentes medievales. Ella y Manuel González, al fijarse en las monjas de Belén, y en su espacio urbano, se enfrentan en la parte central del libro con las nuevas herejías, concretamente con la de Lutero y el luteranismo, cuya presencia en Valladolid se explica porque aquella villa era -como alguien dijo- “un universo abreviado” en el que bullían personajes, ideas, escritos y palabras, y, encima, estaba la Inquisición en el más dilatado de sus distritos

territoriales. Y, claro está, la Inquisición andaba necesitada de herejías una vez que las antiguas víctimas, los judaizantes, no alimentaban su celo por la ortodoxia y sus llamas. Como la herejía más temible (hay que repetirlo) era la de Lutero, había que descubrirla, o inventarla, procesarla y quemarla.

Mucho se ha escrito sobre Lutero y su herejía por la España y por la Castilla de aquellos años centrales del siglo XVI. Lo cual no quiere decir que se conozca ya a la perfección. Precisamente por ello es más de agradecer este libro, que desvela tantas cosas no siempre tenidas en cuenta, y que traza un cuadro revelador de la personalidad de luteranismo español y vallisoletano: de sus raíces, de sus relaciones con los misticismos, del pensamiento y de la palabra predicada pues hay que pensar en que quien dio nombre a aquellos espectáculos de la pureza de la fe fue el predicador real Agustín de Cazalla y el que más trabajo dio al tribunal (y a Roma) fue el otro predicador famoso, el dominico Bartolomé de Carranza, al que los autores miran como “manantial y faro del luteranismo vallisoletano”.

Aunque se discuta por algunos su luteranismo, aquí encontrará el lector claridades sobre el grupo o los “reos” que comparecieron en los autos de fe, sobre delatores y delatoras, sobre sus historias personales o de familias como la de los Cazalla o Vivero; la del inspirador don Carlos de Seso, que era el más coherente y el mejor formado; de fray Domingo de Rojas... Y de las mujeres, puesto que, no hay duda, aquellas mujeres interesan de forma muy especial en este libro, en el que aparecen, bien dibujadas, las matriarcas de la “herejía”; doña Leonor de Cisneros, que, por haberse reconciliado, recibió “una coza” de su marido destinado al quemadero (se arrepentiría de su flaqueza y sería quemada en el auto de fe de 1568). Y “salen” tantas otras, como la que sería amiga de la madre Teresa de Jesús, doña Ana Enríquez. Baste con decir que en el auto de octubre de 1559, de los 30 reos reconciliados y relajados, nada menos que 18 eran mujeres. Y, entre estas mujeres, 8 eran monjas del monasterio de Belén.

Como he dicho antes, es en estas monjas, alma del monasterio del “triángulo místico”, en las que más fijan sus miradas los autores del libro, que supera con creces lo que antes se sabía. Incluso sobre la “heroína”, doña Marina de Guevara, la más atendida, se ha completado lo que habían apenas enunciado los historiadores locales y lo que consiguió vislumbrar José Ignacio Tellechea en *Doña Marina de Guevara* (2004).

Llamamos la atención sobre el valor de los apéndices con sus documentos, sus testamentos, sus inventarios, con la comunidad en sus diversos años. Y se han tenido en cuenta otras fuentes de información, ya que los autos de fe eran los acontecimientos más sonados, y de aquellas hogueras, de forma muy especial de las de 1559, salieron muchas relaciones (precedente del periodismo posterior) que detallaban todo lo que pasaba en aquellas jornadas: desde la procesión de casi el amanecer, hacia el tablado, delante de la iglesia de los franciscanos; en la procesión de los reos relajados por la calle de Santiago; en el quemadero.

Gracias a estas fuentes históricas pueden conocerse hasta los gestos de los reos. Doña Ana Enríquez, que recibió una penitencia mínima pero que tuvo que comparecer

con su sambenito en el tablado, iba tan avergonzada que “con el rubor y vergüenza no acertaba a dar paso ni sabía por dónde ir, aunque la acompañaban los ministros del Santo Oficio” (y el padre Francisco de Borja, pariente de los Alcañices). Agustín de Cazalla no se cansaba de predicar ni en el quemadero. Su sermón fracasó con el doctor Herrezuelo, del que Gonzalo de Illescas dice en su *Historia pontifical*: “Yo me hallé tan cerca de él, que pude ver y notar todos sus meneos...Murió con la más extraña tristeza en la cara de cuantas yo he visto jamás. Tanto, que ponía espanto mirarle el rostro, como aquel que en un momento había de ser en el infierno con su compañero y maestro Lutero”. En cambio, de las monjas de Belén refieren las relaciones que eran mozas “y de buen ver”, “de buen rostro”; “muy moza y hermosa” se dice de Margarita de Santisteban, que “murió muy bien, y quedó después de ahogada muy hermosa”, señal de que iban al cielo (o al purgatorio).

. . .

Las hogueras de la Inquisición fueron todo un símbolo de Valladolid, que a los dos años sufriría uno de los más devastadores incendios (entre tantos como tuvo que afrontar al alimón con las inundaciones provocadas por sus Esguevas), el de 1561, bien conocido, y cuya reparación, por el interés personal de Felipe II, ocasionó la modernización de la villa, ascendida al rango de ciudad más tarde (1595).

Todo lo que se refiere a la evolución (o mejor, a la transfiguración o desaparición) de la ciudad, y más concretamente a la del “Triángulo místico”, se dibuja en estas páginas con vigor, yo creo que con cierta nostalgia (deambula por ahí, medio perdida, esa “bola que llora”, vestigio único del complejo de antaño), y, hay que repetirlo, con excelente y trabajada documentación. Se ve cómo tuvo su significado el tiempo del duque de Lerma. Por de pronto, logró el patronato del convento de Belén. Pero consiguió, y lo ha estudiado el profesor Jesús María Palomares, el de San Pablo, porque eso de los patronatos de iglesias y conventos era un bien muy apetecido entonces por quienes podían ambicionarlo. Y de esta suerte, el “Triángulo místico”, en cierta forma, se trasladó hacia los palacios de la Plaza de San Pablo y de la Huerta del Rey. El ángulo de Belén se renovó con la iglesia nueva para las monjas.

La comunidad de Belén sobrevivió a la tragedia de los autos de fe: a mediados del siglo XVII es tan numerosa como antaño según se desprende de los listados finales, y hasta iglesia con su fachada nueva puede estrenar. Tampoco el proceso secularizador de la Ilustración afectó de forma notable al convento. La crisis llegaría en el siglo XIX, con las desamortizaciones, que (esas sí) cambiaron el rostro de Valladolid: “La ciudad levítica pasó a ser una ciudad de servicios públicos y de cuarteles”. (Entre paréntesis: gracias a alguno de esos destinos se salvaron monumentos tan significativos como el de San Benito el Real). Pero no pervivieron tantísimos otros, desaparecidos en un proceso secular y por motivos que los autores presentan con claridad, desde el religioso hasta el de la especulación. El libro, que rebosa sensibilidad, en la última parte se transforma en

lamento sobre todo por su “Triángulo místico”, aquel *Corralón* de Belén, “compendio de un Valladolid a la vez místico e inquisidor, objeto de esplendor y de ruina, de altar y de holocausto”.

Hay que agradecer a Asunción Esteban y a Manuel González estas páginas generosas, bien escritas y documentadas, nacidas del rigor histórico, también del cariño, y, creo yo, de cierto desengaño, pero llenas de sabiduría y de sensibilidad. Su lectura ayudará, no hay duda (y es el proyecto “terapéutico” de sus autores) “a salir de esa amnesia, a recobrar el pulso y la memoria”; o sea, a conocer y querer más y mejor a Valladolid.

Teófanés Egado

*Catedrático de Historia Moderna*



## Agradecimientos

Surge este libro de la necesidad compartida de rescatar del olvido a las mujeres que fueron perseguidas y condenadas en el auto de Fe celebrado en Valladolid en 1559. Los autores queremos manifestar nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que han mostrado su interés por nuestro trabajo y que de una manera u otra han contribuido a su culminación: a Germán Delibes porque nos descubrió la figura de Marina de Guevara y la urgencia de reivindicar su memoria; a Teófanos Egido por sus palabras llenas de sabiduría, humanidad y generosidad; no podríamos haber logrado mejor carta de presentación que la suya. A María Jesús Izquierdo por su tiempo, su compañía y su buen hacer; a Mariano Merino por su apoyo incondicional y por las horas que ha dedicado a la búsqueda de las mejores ilustraciones; a Julio Martínez porque sin su aliento este barco no habría llegado a puerto; a Irene Ruiz Albi, la compañera más generosa, su ayuda en las transcripciones nos ha permitido elaborar un apéndice documental impecable. A Víctor Barrasa, tan paciente como buen fotógrafo, por las imágenes de autor; a Pablo Salvador por su arte para saber plasmar en una sola imagen la esencia de esta obra y convertirla en el mejor regalo; al director del Archivo Municipal, Eduardo Pedruelo, por su colaboración en la revisión de los fondos documentales; a Jesús San José del Campo, bibliotecario y archivero del colegio San José, por poner a nuestra disposición documentos de inestimable valor; a Sor María por su amabilidad al mostrarnos el rico patrimonio del monasterio de las Huelgas Reales; a Roberto Delgado por facilitarnos los fondos fotográficos del Ayuntamiento; a Jesús Carrasco y a Jesús Valverde que nos cedieron sus archivos de imágenes sobre el Valladolid antiguo; a Ediciones de la Universidad de Valladolid y al Ayuntamiento de Valladolid por la edición conjunta de esta obra. Y por supuesto a aquellos que han estado a nuestro lado, en especial a Pablo, Marga y Bruno; a mi hija Lucía y a mi amiga Nieves.



# Introducción



## 1. La memoria entre la niebla o de cómo Valladolid perdió su identidad

«¿Quién cabalga a estas horas atravesando el viento y la noche?» Así comienza la balada *El rey de los Elfos*, de Goethe, un poema en el que la vida y la muerte se dan la mano. Un padre cabalga en plena noche, a toda velocidad, con su hijo moribundo en brazos. El niño está convencido, en su delirio, de que el rey de los Elfos, con su corona y su manto, le llama insistentemente. El padre solo puede responderle: *No es el rey, hijo mío, es solo un jirón de niebla*. El niño muere antes de llegar a su destino.<sup>1</sup>

Jirones de niebla son muchas veces nuestros intentos de llegar a la verdad histórica. Nieblas de años y olvidos que con harta frecuencia nos hacen confundir realidad y deseo, incluso morir sin haber llegado al destino de nuestra búsqueda.

«La memoria tiene una potencia que la historia no alcanzará jamás... Por ello, la memoria y la historia son complementarias. La historia en sí misma carece de sentido». Esta referencia de Todorov nos obliga, si pretendemos bucear en la historia, a tomar partido. Nunca somos neutrales, ni siquiera inocentes, ante cualquier hecho histórico, sobre todo si este ha sido objeto del olvido consciente de muchas generaciones que prefirieron borrarlo de su memoria colectiva. Todorov lleva razón: lo que pasó, pasó. Ninguno de nosotros estaba allí ni participó en los hechos investigados.<sup>2</sup>

Sin embargo, querámoslo o no, la historia sigue estando ahí como vigía permanente en el tiempo, haciendo señales... Sobre nosotros siguen pesando las cenizas de las monjas cistercienses, quemadas vivas hace quinientos años entre el júbilo y el estupor de los vallisoletanos, con su rey al frente. Tampoco nosotros somos ajenos a aquella muchedumbre, ni somos simples espectadores; formamos parte del espectáculo porque formamos parte de la historia que intentamos ahora rescatar de entre la niebla. Somos

---

<sup>1</sup> El presente libro se inserta en el proyecto de investigación "Las ciudades de la Corona de Castilla. Dinámicas y proyección de los sistemas urbanos entre 1300 y 1600". Referencia: HAR2017-82983-P, dirigido por María Asenjo-González y financiado por el Ministerio de Ciencia e Investigación (MICINN).

<sup>2</sup> Entrevista a T. Todorov (junio de 2015). La gestión de la memoria. *Letras Libres*, 165. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/historia/la-memoria-tiene-una-potencia-que-la-historia-nunca-alcanza>

los intérpretes de aquella muchedumbre que vociferaba entre chascarrillos y letanías, en tanto ardían las piras en el Campo Grande.

### 1.1. La memoria no es imparcial: historia y justicia

La memoria nunca es imparcial porque obliga a tomar en consideración y, por tanto, a tomar partido ante el acontecimiento que queremos rememorar. «Somos nosotros, los intérpretes de hoy, quienes hacemos que la historia diga una u otra cosa. Sí, es bueno conocer la historia, pero el sentido que demos de ella depende del presente, no del pasado».<sup>3</sup>

En consecuencia, hacer memoria del proceso inquisitorial de aquellas mujeres no puede ser ajeno a ciertas responsabilidades que de ese acontecimiento se derivan y que llegan hasta nuestras propias personas, porque «si hay alguna lección que la historia puede enseñar, es que todo el bien y todo el mal nunca están del mismo lado, sino que siempre será una mutua complejidad entre ambos»<sup>4</sup> que nos obliga a optar a favor de las víctimas inocentes, sacarlas del olvido plurisecular, rescatarlas a la vida e incorporarlas a la historia. «Si no se pierde todo, no se ha perdido nada», afirmaba Miguel Hernández que nunca perdonó «a la vida desatenta» y que lloraba a Ramón Sijé «a quien tanto quería» y, como fruto de su voluntad y su querer, pretendió con su verso «minar la tierra hasta encontrarte... y desamordazarte y regresarte».

Nuestra memoria podría ser así la oportunidad para devolver, para regresar a Marina de Guevara y sus compañeras de martirio del monasterio de Belén y recuperar para ellas la dignidad y la vida que la Inquisición inmisericorde robó, igual que la de otros que quedaron sumidos en el olvido por no haber sido «queridos», como lo fue Sijé. «Los últimos meses de Azaña fueron tan aciagos como lo fueron los de Machado..., pero no han merecido todavía ni piedad ni admiración, solo olvido».<sup>5</sup>

También el olvido se hizo cargo del cuerpo de aquellas mujeres convertidas en antorcha festiva para el devotísimo rey, su Corte y su pueblo. Y, a pesar de todo, la luz y el fuego inquisitorial siguen abriendo brecha en la oscuridad de los siglos.

Habermas habla de la privatización política de la memoria y Paul Ricoeur insiste en la desproporción que se da entre historia y justicia. «Muchos eventos –afirma Ricoeur– tienen escrita una larga historia a su propósito, mientras que otros, no menos importantes, han sido olvidados, y aún más y peor, desacreditados».<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *El País* (8 de marzo de 2016). Entrevista a Félix de Azúa. Recuperado de [https://elpais.com/elpais/2016/03/07/opinion/1457365540\\_119025.html](https://elpais.com/elpais/2016/03/07/opinion/1457365540_119025.html).

<sup>6</sup> RICOEUR, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.

Aunque la historia en sí misma tenga su propia dinámica, no por eso deja de comportar en su seno una fuerte carga de futuro. Es el momento en que cada hombre la asume como una obra de arte siempre en peligro de ser deteriorada por el mal uso o por el paso del tiempo. La historia, comprendida como conocimiento humano, pasa por la implicación de quien la recupera y la «regresa», ya que solo así hace justicia a los expulsados de la memoria y apea del pedestal a los impostores. A partir de esta intencionalidad reivindicativa, lo fósil cobra vida y se reincorpora a la historia. Y también el investigador se reconcilia consigo mismo en cuanto historiador. En definitiva, la historia no puede ser jamás neutral, ya que no es una mera sucesión de acontecimientos, sino la interpretación considerada desde una correcta y amorosa observación de quien en ellos se sumerge.

Llegados a este punto parece conveniente precisar qué entendemos por Historia y cuál es su aportación al conocimiento del pasado frente a la memoria. Comprender algo históricamente implica ser consciente de su complejidad, tomar distancia para poderlo ver desde múltiples perspectivas, aceptar las ambigüedades del comportamiento de los protagonistas, incluidas sus ambigüedades morales<sup>7</sup>. En oposición al peligro que puede comportar la memoria de creer en el supuesto de la identidad básica y permanente de los seres humanos, la Historia pone de relieve la diversidad esencial de las sociedades, sus instituciones, sus formas de vida, sus mentalidades, sus formas de amar, sus modos de represión, de autoridad, de legitimación del poder. A partir de ahí, la Historia ha tratado de conocerlas, comprenderlas y, en el caso más optimista, explicarlas.

## 1.2. El auto de fe: antorchas en la tarde

Solo quien ama a las víctimas puede recuperarlas y revivirlas desde el olvido. Mía Couto, el escritor monzambiqueño, lo entiende bien cuando afirma que «nada está más presente en la vida de una mujer que su hijo muerto».<sup>8</sup>

El pavoroso auto de fe de octubre de 1559 no fue solo una confrontación del dogmatismo político religioso imperial contra los balbuceos de libertad del humanismo renacentista. Fue, a su vez, la conjunción de la soberbia del Imperio y el obscuro abandono de la responsabilidad papal y de sus obispos españoles. Y todo ello en el tiempo en que se estaba tratando de proponer en Trento la fijación dogmática y disciplinar para cerrar bien las puertas, cuando ya irrumpía el viento imparable del espíritu. Es la blasfemia viva de la cruz convertida en espada. Pensar libremente, dialogar en torno a la justificación por la fe, leer la Biblia... eran razones suficientes para encarcelar

---

<sup>7</sup> GAVILÁN, E. (2004). «De la imposibilidad i de la necesidad de la memoria histórica, en SILVA, E. ESTEBAN, A. CASTÁN J. Y SALVADOR F. *La Memoria de los olvidados*, Valladolid: Ámbito ed.

<sup>8</sup> COUTO, M. (2016). *La confesión de la leona*. Madrid: Alfaguara.

y matar porque simplemente eran razón de Estado: una nación, una lengua, un ejército, una religión. El católico rey y su escrupuloso padre merecen que la memoria les identifique en su auténtica dimensión moral, hija sin duda de la época. La historia, en virtud del valor de la vida misma, tiene significado cuando se atreve a desmitificar personas y avatares que la sensibilidad humana nunca debió ensalzar y ejemplificar. Los «grandes hombres» difícilmente se han identificado si no ha sido con el poder. La historia oficial habla en demasía de armas, batallas y venganzas de poderosos que arrastran a «sus pueblos» a matanzas nada justificables. Mientras tanto, las pobres víctimas, antorchas en la tarde otoñal vallisoletana, iluminan fehacientemente cómo durante siglos la prepotencia y la incultura han impedido transitar a los espíritus libres.

Cazalla, Seso, los Vivero, las cistercienses de Belén... representan la urgencia de darse un respiro contra la mordaza del pensamiento único. Judíos, conversos, moriscos, alumbrados, iluministas, erasmistas, místicos... todos, asimismo, fueron pasto de la incuria y la cerrazón. Persecución especial padeció la mujer, el estigma de la Eva secular y siempre provocadora: brujas, endemoniadas, monjas inquietas y lectoras de la Biblia... En realidad, los autos de fe se emplearon como necesidad de dar un escarmiento en toda regla con el fin de que no ocurriera en España lo ya acontecido en Alemania con Lutero y sus derivados.

Tampoco el odio personal y el orgullo doctrinario estuvieron ausentes de la enorme confabulación en la que la doctrina de la fe servía más de daga que de bálsamo. Solo así podríamos entender el mutuo encono suscitado por el prestigio doctrinal entre el obispo Carranza y la animosidad turbia y enfermiza del gran inquisidor Fernando de Valdés. La teología y la escolástica se utilizaron como arma poderosa al servicio de la ególatra afirmación de sí mismos.

### 1.3. El pensamiento dogmático y la falta de piedad

Valladolid, Toledo, Sevilla y Aragón fueron testigos de la España atormentada y perseguida por la unidad inquebrantable de la doctrina en pleno proceso de las afirmaciones nacionales y la necesaria cohesión social que podría aportar la identidad católica que tanto ansiaba el emperador.<sup>9</sup> El auto de fe no fue sino el resultado de muchos sumandos. Todos ellos convergían en la necesidad de identificar cualquier inquietud de

---

<sup>9</sup> Los autos de fe celebrados en Valladolid en mayo y en octubre de 1559 han sido tratados ampliamente por la historiografía. De 1966 es la obra *Auto de fe en Valladolid* de Elías AMÉZAGA (Gráficas Ellacuría). Jesús ALONSO DE BURGOS publicó en 1983 *El luteranismo en Castilla durante el siglo XVI: autos de fe de Valladolid de 21 de mayo y 8 de octubre de 1559* (Swan). José Luis GONZÁLEZ NOVALÍN abordó en 1990 con «El auto de fe de Valladolid de 1559. La ejecución de Domingo de Rojas. Personajes y circunstancias» el trágico suceso de consecuencias nefastas para la ciudad (*Anthologica Annua*, 37, 11-56). El auto de fe como representación fue estudiado en 1981 por María Ángeles REDONDO ÁLAMO, Los autos de fe de Valladolid: religiosidad y espectáculo. *Revista de Folklore*, 1, 17-25. Finalmente, habría que

carácter trascendente (la justificación por la fe, la revisión sacramental de la penitencia, la interpretación de un pasaje bíblico), convirtiéndolo en un problema político: la ruptura de la unidad católica y la unidad de la patria, dos aspectos de una sola verdad intangible. Es evidente que al calor de este supremo dogma se ventilaban otros intereses y se justificaban otros fines de carácter más terrenal.

Las víctimas, pobres monjas cistercienses (aparte de otra veintena de compañeros de hoguera), no murieron a los ojos católicos como mártires, sino como apóstatas según los principios de la Santa Inquisición y del pueblo por ella adoctrinado, aunque no así en el santoral de la Iglesia luterana, en cuyo martirologio aparecen los nombres de las monjas de Belén. Sus auténticos verdugos fueron el pensamiento único y la absoluta ausencia de *con(m)-pasión*, aparte de la ambición política y personal de reyes y obispos. Ellos fueron los incitadores del espectáculo de impiedad que se representaba ante el numeroso público (200.000 personas venidas de toda Castilla, según versiones de la época) que aguantó impávido desde el alba hasta contemplar la ceniza de los cuerpos esparcida por el viento en la tarde siguiente.

Aquello era Valladolid, entonces capital de Europa, aquel era su rey, nacido en la ciudad del Pisuerga, aquellos sus paisanos y aquella su Iglesia. Y aquella era también la hoguera que se convirtió en el talismán de sus éxitos patrióticos, éxitos empujados por los mensajes de Carlos, su padre, entonces ya mitad emperador y mitad monje, que enviaba desde su cenobio de Yuste la tremenda consigna: *golpea, golpea sin compasión*. Tal era el mensaje que el *defensor fidei* transmitía a su hijo través de Luis Quijada, su mayordomo y confidente, hermano de la abadesa de las Huelgas Reales de Valladolid, doña Ana de Mendoza.

## 2. Proceso contra la búsqueda de la razón: El convento de Belén

Existen capítulos de la historia que por su compleja peculiaridad han sido tratados de manera fragmentaria. Sin embargo, para una interpretación más correcta de lo sucedido, se debe ofrecer la percepción más completa y unitaria de lo que fueron los hechos que se quieren narrar, sus causas, sus derivaciones en el tiempo y su escenario común.

Los procesos sobre el luteranismo vallisoletano, tanto en su sentido jurídico como en el temporal, pueden ser comprendidos en el contexto de una época: falta de respeto por la vida humana, siempre que esta entrara en contradicción con el pensamiento oficial que defendía el poder establecido, autoproclamado defensor y representante de la verdad. Tal sería el caso de las monjas de Belén; un proceso contra el derecho a pensar, a interrogarse, a comunicarse e incluso a dudar. Marina de Guevara fue la infatigable

---

destacar, por su inestimable valor como fuente, el análisis y transcripción realizados en 2016 por Pedro LÓPEZ GÓMEZ del manuscrito *Rabito (sic) de los luteranos que quemaron en Valladolid en... 1559 años. El manuscrito del magistral de Astorga y su contexto*. Universidade da Coruña (Sielae).

buscadora de razones, sedienta de asesoramiento de sus guías espirituales y víctima, a su vez, de los guardianes del dogma. Mártir de su propia conciencia, concluye Tellechea.<sup>10</sup>

Pero todo ha pasado al olvido, que es otra manera de hacer morir. Poca gente en la ciudad conoce la historia del convento de Belén. Uno más de entre las decenas y decenas de conventos que el abandono, la incultura y el tiempo han hecho desaparecer, víctimas del expolio y la especulación. La historia del convento de Belén es paralela en gran parte a los años más fulgurantes y, a la vez, posiblemente más tristes, no solo de Castilla, sino del conjunto de la España imperial, que es lo mismo que decir de Europa. De esta época brillante, la ciudad ha preferido quedarse con su recuerdo de la Corte, de sus festejos y pirotecnias, de sus lances de armas o del tránsito, fugaz en todo caso, de sus personajes del arte o de las letras. La tortura y el proceso de las víctimas se han evadido como el humo de las antorchas. El dolor y los muertos fueron sepultados porque es necesario olvidar... Enfrentarse a los hechos crea conciencia y, sobre todo, responsabilidad, dice Todorov. Valladolid eligió vivir de la nostalgia de sus años gloriosos y efímeros.

Traer a la memoria a aquellas mujeres, rescatarlas de las sombras y «re-vivirlas» o, como diría Miguel Hernández, «regresarlas», es parte esencial de este estudio: personas, trama y escenario son elementos indisolubles del mismo, como lo son el paisaje urbano y el paisaje natural, destruidos también por la incuria, la rapiña y la piqueta.

## 2.1. Una ciudad amnésica

No ausente de su interés académico, la finalidad de este trabajo iría más en línea con su interés terapéutico para, si fuera posible, devolver a Valladolid parte de su memoria y conseguir así una nueva repoblación que hiciera frontera con su historia y su legado. Tal vez así, una ciudad como Valladolid, que tantas veces ha «de-caído», tenga la oportunidad de conocer mejor el camino de sus errores y de las ocasiones perdidas.

Miguel Delibes, en su novela *El Hereje*, acertó a poner el foco y atención del gran público en el drama de Agustín y Pedro Cazalla, los Vivero, etc. en su tormento de fuego del auto de fe de 1559. La novela se centra en el auto del mes de mayo de dicho año. Pero entre mayo y octubre de aquel año terrible se produjeron el procesamiento y la condena final de otras personas de no menor relevancia dramática e histórica. Incluso es posible que los hechos, los personajes, la escenografía y las consecuencias del segundo auto de octubre de 1559 fueran aún más apasionantes por ser más poliédricos y culminar plenamente el proceso, trama y desenlace del primer auto de mayo que narra Delibes.

---

<sup>10</sup> TELLECHEA IDÍGORAS, J. I. (2004). *Doña Marina de Guevara, monja cisterciense ¿luterana? Edición y comentario de un proceso inquisitorial*. Madrid: Fundación Universitaria Española.

Rescatar para devolver a la vida a sus protagonistas supone caminar entre la niebla de los siglos, de los olvidos e, incluso, de los escarnios que sobre las víctimas se han ido acumulando: «Quién cabalga a estas horas cruzando el viento y la noche», como exclamaba Goethe. ¿Será posible, también para nosotros, rescatar del fuego y la oscuridad a quienes no hicieron otro mal que pensar e intentar ser libres?

## 2.2. La memoria como segunda oportunidad

El historiador trabaja siempre entre la noche del olvido y los vientos de las mil interpretaciones de los hechos que pretende revivir. Somos conscientes de la dificultad de rescatar el pasado, pero no podemos por menos de hacernos una pregunta frontal e inmediata: ¿Qué es lo que en verdad ocurrió, quiénes y cómo transmitieron la noticia o contaron lo sucedido? ¿Coincide la historia con la narración de las víctimas o con la versión de los verdugos? ¿Es la misma historia contada por unos y por otros incluso siendo coetáneos? ¿No será «hacer historia» una mera aproximación e interpretación desde nuestra propia realidad y nuestros condicionamientos irremediables?

Se trata, sin duda, de ser honestos, porque investigar la historia no podrá ser nunca una acción aséptica o carente de voluntad rescatadora. La historia se convierte en maestra de la vida si a ella volvemos con intención amorosa, implicados de antemano. El historiador es el laborioso operario de la pasión y de la inquietud creadora, porque ha comprendido que «enfrentarse a los hechos crea conciencia y sobre todo responsabilidad... ya que existe un deber de justicia o un deber de verdad».<sup>11</sup> La historia en sí misma no es objetiva, somos nosotros, los intérpretes de hoy, quienes hacemos que la historia diga una u otra cosa: el sentido que saquemos de ella depende del presente y no del pasado. Es decir, la memoria como segunda oportunidad.

## 2.3. Una ciudad empeñada en degradarse

La fidelidad a la memoria y el rigor histórico es lo que debe guiar la búsqueda documental en los diferentes archivos y el estudio de los especialistas, quienes además tienen la misión de contextualizar acontecimientos y protagonistas en sus diferentes etapas.

Siendo el auto de fe de octubre de 1559 el motivo central de este trabajo, tiene interés subrayar el protagonismo histórico y geográfico de la zona urbana en la que se desarrollaron otros acontecimientos del proceso: un área reducida en metros cuadrados, pero de colosal importancia en la historia de Valladolid, a la que denominaremos *territorio templario*. En ese espacio se dieron cita reyes, abades, cárceles de la Inquisición,

---

<sup>11</sup> Entrevista a T. TODOROV (véase nota 2).

palacios, hospitales y conventos, y fue también cuna de un potente foco originario de cultura. Todo ello se ensambla en el espacio y en el tiempo, de forma tal que ayudará en el intento de conseguir una perspectiva adecuada sobre la deriva histórica y urbanística del conjunto de la ciudad.

Pero si importante es el espacio físico tan torturado en una ciudad empeñada en su propia degradación urbana, más lo fueron, sin duda, los hombres y mujeres que lo habitaron. El *territorio templario*, cuajado de ermitas, murallas y palacios, nos devolverá a los fundamentos históricos y geográficos de los albores de la ciudad.

Valladolid cuenta con dos polos fundacionales, básicos los dos para su desarrollo y su historia. El primero sería el formado por el conjunto de San Benito, el alcazarejo y sus aledaños, que ha sido siempre más estudiado y documentado por su indudable trascendencia histórica, más prolongada también en el tiempo. El segundo, algo posterior, en el extremo opuesto de la ciudad, cerca de los arrabales de entrada a la urbe por la calle Francos, y que hemos llamado *territorio templario*, tuvo no menor importancia ni menor interés para una lectura comprensiva de la ciudad. Intereses económicos y la desidia pública lo destinaron primero al olvido y, más tarde, a terreno para la especulación. Hoy tan solo quedan pequeños vestigios rudimentarios de sus señas de identidad originales.

#### 2.4. La Isleta o Corralón de Belén

Dentro del perímetro de dicha zona existe una parcela absolutamente singular, ocupada hoy por el Colegio San José, de los jesuitas, en la que se ubicó el primer Colegio Mayor Santa Cruz, el convento de monjas bernardas de Belén, el palacio del Cardenal Mendoza y las casas que, durante un breve tiempo, fueron residencia del duque de Lerma. Se trata de la parcela denominada históricamente *Isleta o Corralón de Belén*.

Más adelante tendremos ocasión de adentrarnos en su historia y su estructura, así como en los diferentes usos que tuvo a lo largo de los siglos. Sin duda, el acontecimiento central ocurrido en su suelo fue la existencia del convento de Nuestra Señora de Belén, estigmatizado como foco luterano (o no) contra quien descargó su peso mortífero la Santa Inquisición y que albergó la tragedia, espiritual y física, de su comunidad cisterciense.

Trataremos de esclarecer las llamadas «deficiencias doctrinales» que sirvieron a los inquisidores para dictaminar su sentencia. Nos referiremos a los métodos que utilizaron para extirpar los ribetes de luteranismo que les llevó a congregar en Valladolid un conciliábulo de teólogos que arremetiera contra la doctrina de Erasmo de Rotterdam

y persiguiera la teología dispersa y evasiva de alumbrados e iluministas e, incluso, acusara de desviacionismo a Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Francisco de Borja..., todos ellos santos canónicos de la Iglesia postridentina.<sup>12</sup>

### 3. Años de atardecer y de sombras

La historia posterior al auto de fe y al monasterio de Belén marcan también el pulso del propio Valladolid, en años de decadencia, con un breve intermedio de resurgimiento, puramente artificial, en tiempos del duque de Lerma y la Corte de Felipe III, para después transitar años y años de atardecer y sombras. Valladolid fue perdiendo paulatinamente no solo esplendor, sino sobre todo habitantes, porque la vida se volvió complicada para quienes no pertenecieran a la ya incipiente burguesía industrial o fueran hijos de ilustres apellidos que ocuparan puestos de mando y, con el mando, otro tipo de oportunidades.

El acomodo, la falta de empuje empresarial e iniciativas para el progreso creador, los incendios, un siglo de las luces completamente apagado, la desaparición casi repentina de decenas de conventos, la falta de interés por la conservación del propio patrimonio, la escasa huella y capacidad de la ocupación francesa para elevar de nivel las costumbres urbanas y sociales, las sucesivas desamortizaciones, la rapiña de los especuladores de suelo, el sometimiento ritual a un clero ultramontano, etc., son algunas de las causas del imparable declive de Valladolid. Ese remolino de sombras se llevó también, entre otros, el monasterio de Belén, y quedaría en pie casi hasta mediados del siglo XX su templo, mandado edificar por el duque de Lerma y convertido en parroquia de San Juan hasta bien iniciada la centuria, por el derribo de la iglesia parroquial del original edificio templario.

A las monjas de Belén, a Cazalla, a Carlos Sesó, etc., les llevó a la hoguera su intento de pensar libremente acerca de Dios y su tránsito por la historia de cada alma. Creer no puede ser enemigo de pensar, ya que atreverse a pensar y manifestarlo libremente es lo que coloca al hombre en la atalaya creativa.

#### 3.1. No pensar o el relato de un fracaso

Pensar fue secularmente un peligro. Dar alas al pensamiento y la razón corre el riesgo de terminar convertido en pavesas, como ocurrió con las víctimas de mayo y octubre de 1559 y de miles de *autos*, más o menos disfrazados, a lo largo de la historia.

---

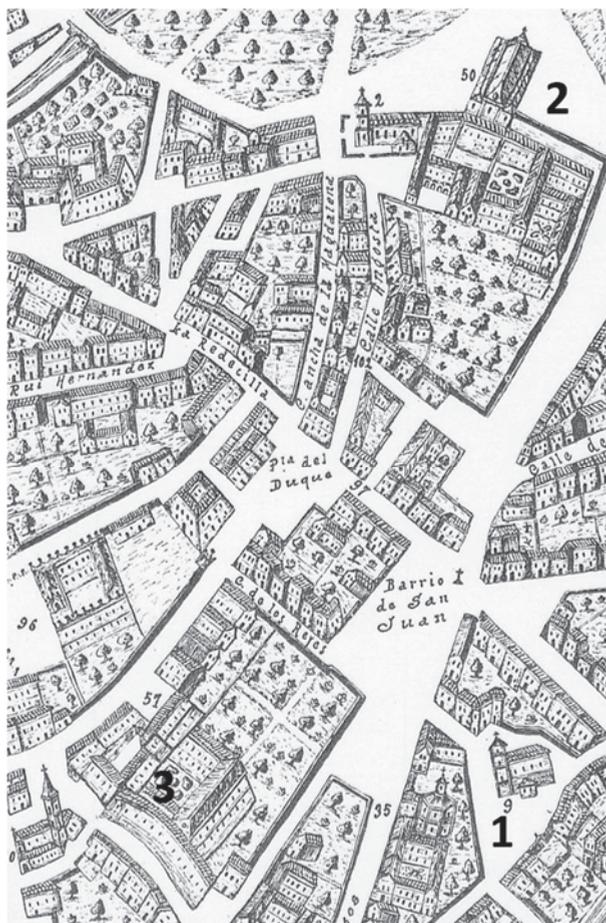
<sup>12</sup> LLAMAS MARTÍNEZ, E. (1972). *Santa Teresa y la Inquisición española*. Madrid: Instituto «Francisco Suárez» (CSIC) y RUIZ DE PABLOS, F. (2014). *Santa Teresa de Jesús y la Inquisición* (prólogo de Teófanos Egido). Ávila: Gráficas E. D.

Lo que llamamos «la Inquisición» no es sino una hidra de múltiples rostros mutantes que ha servido a lo largo de los siglos como antifaz del poder y ha utilizado el miedo como barrera y salvaguarda del fuego de todos los infiernos posibles. Carmelo Gómez, académico y director del Teatro Abadía, a propósito del montaje de *La Celestina*, afirmaba, en una entrevista en *El País* (27 de marzo de 2016) que «la Inquisición, martillo contra los albigenses, libres interpretadores de la Biblia, luego martillo contra la Reforma y más tarde contra los liberales e ilustrados, sigue con Franco, en esos cuarenta años de absolutismo político y confesional. Ya no se llama Inquisición, sino exterminación del disidente. Es un hilo que en el tema de la cultura española es evidente. Si hay algo de lo que ha carecido la política y la cultura española es de esa zona templada del espíritu de la que hablaba Azaña y que él situaba en la República».

La historia de los templarios (también arrasados por la hoguera), la de las monjas cistercienses de Belén... son el relato de un fracaso. A Valladolid, tan dado al olvido, le queda un largo camino que recorrer para recuperar su memoria.

## PRIMERA PARTE

### El nacimiento del *Triángulo Místico* (siglos XII-XV)



Fragmento del plano de Valladolid (Ventura Seco en 1738) en el que figuran los tres ejes que definen lo que fue el Triángulo Místico: Ermita Templaria de San Juan (1), Monasterio de las Huelgas Reales (2) y convento de Nuestra Señora de Belén (3).



## 1. EL MONASTERIO TEMPLARIO DE SAN JUAN

El universo templario despierta hoy un alto interés entre lectores y consumidores de medios de comunicación, tal vez porque el fenómeno que más nos inquieta actualmente es solo un trasunto de lo que nuestros ancestros vivieron hace siglos como una guerra mística, yihad disfrazada de mil ropajes y argumentos.

No es casualidad que el documento papal por el que se autorizaba a los monjes-soldados a tener iglesias y cementerios propios fuera una bula llamada *Militia Dei* (el ejército de Dios).<sup>13</sup>

La dialéctica entre memoria y olvido es consustancial a cualquier relato histórico, ya que ni la memoria es neutral ni el olvido una casualidad sobrevenida. Dada la facilidad que tenemos para el olvido, la especie humana se defiende de sus demonios, porque la permanencia del recuerdo a lo largo del tiempo nos impediría ser felices. También los conjuntos sociales, lo mismo que las personas que los integran, abandonan en la cuneta de la historia los acontecimientos que, según su sensibilidad, les impiden caminar con holgura.

Si no fuera así, ¿cómo entender que una ciudad como Valladolid haya expulsado de su acervo cultural, cívico y vital toda huella de los caballeros templarios que durante siglos habitaron su suelo? La honrosa excepción de algunos autores permite que los monjes del temple vallisoletanos no hayan sido extinguidos del todo de la memoria colectiva, arrasada por la desidia intelectual y el abandono de los dirigentes. Calles enteras, viviendas, palacetes, monasterios, templos, plazuelas y otros enclaves urbanos se los llevó el viento y la piqueta. El último vestigio, la calle con el nombre de Templarios, que corría desde la Magdalena hasta la plazuela del Duque, también desapareció. Llevaba el nombre de Templarios porque era el camino natural de los caballeros hacia su monasterio. Se borró su nombre y fue sustituido por el de calle de Colón, zafia y engañosa sustitución, ya que el almirante jamás residió en dicha calle ni en ella tuvo nunca

---

<sup>13</sup> DE CLARAVAL, B. (1994). *Elogio de la nueva milicia templaria*. Madrid: Siruela. Fue Bernardo quien acuñó la idea del monje soldado que lucha por la defensa de la fe frente al infiel. Mediante ese recurso ideológico, se conseguía santificar la violencia y la guerra y aunar a los dos estamentos hegemónicos: el eclesiástico y el nobiliario. Véase también SEWARD, D. (2004). *Los monjes de la guerra*. Barcelona: Edhasa.

su casa. El nombre de los Templarios fue expulsado a los arrabales de la ciudad, tras la última doble muralla –la del río y el ferrocarril– a una escueta calle del barrio de la Pilarica.

### 1.1. Jerarquía de intereses en la concepción de la ciudad

Valladolid ha tenido siempre la tentación de reinventarse sobre sí misma cuando ha tenido que elaborar su desarrollo urbano. Le ha costado siglos salir del núcleo ya habitado y expandirse a un nuevo suelo. Tal vez sea resultado de una historia secular de defensa con una muralla tras otra. En todo caso, esta manera de proceder ha marcado tanto su biografía urbana como el carácter de sus ciudadanos. Solo cuando la burguesía ha precisado abandonar sus viejos caserones o la moda ha impuesto la ciudad jardín, Valladolid ha sido capaz de abandonar el casco viejo y ha crecido en círculos concéntricos, de manera normalmente inconexa y orientada casi siempre hacia el encuentro con tierra de pinares. El casco viejo, su historia, sus palacios y conventos, sus edificios institucionales históricos han sido pasto normal de la voracidad crematística. Este fenómeno se dio, y en toda su plenitud, en lo que llamamos *Triángulo Místico, el territorio templario* que parece haber recibido la maldición bíblica del «no quedará de ti piedra sobre piedra».

En cualquier caso, la desaparición de tantas plazas y enclaves o calles como la de Templarios, al margen de la falta de sensibilidad que supone, indica, sobre todo, la determinación específica en una concepción de determinada jerarquía de intereses en la transformación de la ciudad: el afán por lo grandilocuente y la satisfacción particular han prevalecido sobre el respeto al arte, a los vestigios tradicionales o al trazado que la propia historia marcaba a la ciudad. Por esta razón resulta complicado en el día de hoy verificar con fidelidad una lectura del Valladolid urbano, ya que las fronteras entre la ciudad medieval, la renacentista y la modernista han ido quedando borradas de tal modo que solo algún edificio o resto de edificio sirven de huella del pasado. No es difícil todavía encontrar una amplia avenida torturada en su final por una boca de embudo o estrechas calles medievales que soportan edificaciones de 12 o 14 alturas. La ciudad levítica vallisoletana conformada por calles como López Gómez o Recoletos, plagadas de conventos, ha sido borrada de su personalidad histórica. Para qué hablar de calles como Paulina Harriet o la calle Comunidades, el peor agravio que se pudo hacer como homenaje a aquella contienda popular.

## 1.2. El Triángulo Místico o el milagro que fue

Pero existe, repetimos, un espacio en Valladolid de marcada impronta templaria, con forma de triángulo, cuyos vértices pudieran ser: *el templo de San Juan, el convento de las Huelgas Reales* y la parcela donde hoy se asienta el *Colegio San José*, y que en tiempos atrás fue el *convento de Nuestra Señora de Belén*, de monjas cistercienses. Este es el suelo templario de los siglos XII y XIII, espacio de mística y rigor, a quien los hijos e hijas de San Bernardo dieron vida, cada uno bajo la regla monástica propia de su Orden. Se trata de una página de la historia sin cuya lectura dejaríamos de comprender los más auténticos ancestros vallisoletanos. Este espacio urbano, hoy tan heterogéneo y disperso, nace de un sustrato ideológico y vital común: la «regula» de Bernardo de Claraval. La vieja iglesia templaria de San Juan, el monasterio cisterciense de las Huelgas y el convento de bernardas de Belén, que conforman lo que llamamos *Triángulo Místico*, surgen de la misma espiritualidad y tienen en común episodios que la historia se encargaría de ir entrelazando: los tres beben de la misma fuente de la zona «con querencias de Esgueva», que diría Federico Wattenberg.<sup>14</sup>

Hay, sin duda, mucha historia acumulada en dicho espacio urbano tan reducido, pero tan singular.<sup>15</sup> Se trata de un espacio, a orillas del Esgueva, de imprescindible conocimiento y, más aún, de «reconocimiento» en la historia de Valladolid, cuya inquietante tendencia a crecer a lo largo del curso del Pisuerga en su margen izquierda ha dejado de lado al Esgueva que se atrevió a ser el río urbano por excelencia. Discurre el Esgueva por el Prado de la Magdalena, un lugar durante siglos escenario de ocio y festejos para la Corte y la plebe, y hoy arrasado por el ladrillo.

Actualmente resulta imposible localizar el lugar preciso donde pudiera haber estado ubicado el convento templario. Sabemos que ocupaba con todas sus dependencias una extensión considerable: edificios residenciales tal vez dispersos, lugares de culto y otras construcciones de menor porte dedicados a los oficios de labranza, ganadería, huertos, molino, establos... Antolínez de Burgos asegura que el convento templario de

---

<sup>14</sup> SECO, V. *Plano de Valladolid de 1738* (fue redibujado por Juan Agapito y Revilla en 1901). Recuperado de [https://www.gifex.com/fullsize/2011-03-09-13110/Plano\\_de\\_Valladolid\\_en\\_1738.html](https://www.gifex.com/fullsize/2011-03-09-13110/Plano_de_Valladolid_en_1738.html).

<sup>15</sup> Se trata de una cuadrícula de suelo cuyo perímetro podría ser el que, iniciándose en el templo actual de las Huelgas Reales, discurre por Alamillos y la calle Huelgas hasta su encuentro con la calle de la Merced. De aquí, bordeando el Colegio de San José, se llega hasta la plazuela de Santa Cruz, desde donde, volviendo por las calles de Cardenal Mendoza y Colón y la iglesia de la Magdalena, llegamos al punto de partida, situado en el templo de las Huelgas.

Valladolid fue el segundo en rango entre los doce que el temple tuvo en aquella España.<sup>16</sup> Según él, dicha afirmación es fácilmente deducible de la bula del papa Alejandro III en la que cita el nombre de diversos conventos de la Península y señala en segundo lugar al de San Juan de Valladolid.

Otros autores se han acercado a beber de las fuentes históricas que pudieran darnos pistas o aportar vestigios acerca de la estancia templaria a orillas del Esgueva: Agapito y Revilla (*Las Calles de Valladolid. Nomenclator Histórico*), Federico Wattenberg (*Valladolid. Desarrollo del núcleo urbano*), Matías Sangrador (*Historia de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, desde su más remota antigüedad hasta la muerte de Fernando VII*), Adeline Rucquoi (*Valladolid en la Edad Media*), Javier Castán (“Aportaciones al estudio de la orden del Temple en Valladolid”), Gonzalo Martínez (*Templarios en la Corona de Castilla*), etc. Todos ellos exploran a través de la niebla histórica en la búsqueda de un Valladolid con rastros templarios, tratando de ubicar el espacio que pudo ocupar su convento; y todos coinciden en que el punto de referencia es la iglesia de San Juan, ubicada en el lugar donde sin duda alguna se asentó el monasterio, el más antiguo indiscutiblemente entre los monasterios masculinos de Valladolid. A partir de este dato, incuestionable para todos los investigadores, se proponen diversos emplazamientos, aunque todos ellos dentro del espacio que llamamos *Triángulo Místico*, atravesado por la calle Francos.

### 1.3. El rastro templario de Valladolid

En cuanto a la fecha de su fundación, la referencia más temprana de la existencia de los templarios en Valladolid es la del 10 de julio de 1168, durante el primer desarrollo urbano de la ciudad<sup>17</sup>. Es evidente que la expansión de los monjes-soldado se adecuó a la idea que Bernardo de Claraval albergó al escribir la regla del Císter, elaborada según un plan sólido de carácter repoblador y defensivo en las fronteras con los musulmanes.

La Orden del Temple se disolvió por orden de Felipe IV el Hermoso en 1312. Para justificar tan drástica decisión, los templarios fueron acusados de herejes, aunque hoy nadie duda de que fue una medida urdida por el monarca francés para intentar paliar los problemas de la Hacienda real francesa con los bienes de la poderosa Orden. Con su disolución, la suerte de los templarios españoles estaba echada, a pesar de que en los

---

<sup>16</sup> ANTOLÍNEZ DE BURGOS, J. (1887). *Historia de Valladolid* (publicada, corregida, anotada y adicionada con una advertencia por Juan Ortega Rubio). Valladolid: Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez. Copia digital (2009-2010). Valladolid: Junta de Castilla y León.

<sup>17</sup> CASTÁN LANASPA, (1982) J. Aportaciones al estudio de la orden del temple en Valladolid Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA, 1982, N.48, pags.195-208.

concilios celebrados en Medina del Campo (27 de abril de 1310) y Salamanca (21 de octubre de 1311 se les declaraba inocentes: «no hallaban ser culpados en cosa alguna a los dichos freyres ni su orden acá en estos reynos de Castilla e León, sino muy buenos religiosos e de muy buena fama».<sup>18</sup>

El convento del Temple de Valladolid, que la muralla había dejado fuera, desapareció en la primera década del siglo XIV. Los monjes quedaron libres, pero sus bienes fueron divididos y expoliados. Según mandato de la bula «Ad providam» de 2 de mayo de 1312, debían pasar a la orden hospitalaria de San Juan de Malta, pero en Castilla los bienes incautados pasaron a la Corona. Más de 60 años se prolongó el proceso de liquidación de las propiedades templarias: Fernando IV, María de Molina, Alfonso XI, Pedro I, Enrique II..., todos ellos participaron en el traspaso de aquellas propiedades.<sup>19</sup>

#### **1.4. El canciller Nuño Pérez de Monroy, abad y consejero de la reina María de Molina**

Junto a la iglesia de la Magdalena, a orillas del Esgueva, acabaron por fundirse el misticismo guerrero del templario, la humilde piedad de las beatas antecesoras de las Huelgas Reales y el canto gregoriano de las cistercienses de las Huelgas. La reina, cuando definitivamente la orden templaria quedó extinguida en Castilla, se hizo con las propiedades de la orden militar. Pero doña María no lo hizo para acumular, sino que, consciente de la procedencia casi sagrada de los monjes, entregó el monasterio templario a su confesor y canciller, Nuño Pérez de Monroy, a fin de que lo destinara a hospital de pobres.

¿Quién era Nuño Pérez de Monroy? Alonso Torres y Tapia lo describe de la siguiente manera: «Este abad de Santander, don Nuño Pérez, fue de la casa de Monroy, hijo de Pedro Fernández de Monroy y de doña Mayor de Saavedra, naturales de Plasencia. Esto por su linaje, y por su persona era abad de Santander, canciller de la reina doña María, que ocupó gran lugar en su gracia, y del rey don Fernando, su hijo».<sup>20</sup> Pero Monroy no fue un cortesano cualquiera. Aparte de canciller y gobernador del reino, fue

---

<sup>18</sup> La obra de referencia sobre la implantación y disolución de la Orden del Temple en Castilla sigue siendo MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1993). *Los templarios en la Corona de Castilla*. Burgos: La Olmeda. Del mismo autor puede consultarse la obra general de 2006, *Los templarios en los reinos de España*. Barcelona: Planeta.

<sup>19</sup> Los reyes dispusieron de los bienes de los templarios a su antojo y conveniencia. Las 32 encomiendas y 21 fortalezas pasaron a miembros de la nobleza y órdenes hispanas, especialmente a la de Calatrava, y la Corona se reservó fortalezas como Ponferrada o Villalpando, entre otras.

<sup>20</sup> TORRES Y TAPIA, A. (1763). *Crónica de la Orden de Alcántara*, Tomo I, p. 490. Madrid: Real Academia de San Fernando. Sobre Nuño Pérez Monroy puede consultarse también la obra del predicador FERNÁNDEZ, A. (1627). *Historia y Anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, Libro 1, cap. 16. Madrid: Iuan Gonçales.

también el confesor y el consejero más cercano de la reina, tareas que cumplía junto con las obligaciones propias de su cargo de abad de Santander, arcediano de Campos y notario mayor de Castilla.

Don Nuño, además de su función de consejero en las decisiones reales, era también un notable humanista y un hábil componedor en las contiendas cortesanas. Si alguna huella suya merece destacarse sobre cualquier otra en relación con la historia de la ciudad es la creación de un gran hospital en el antiguo convento templario. Lejos de



Fragmento del plano de Valladolid de Ventura Seco (1738). En la parte superior se asentaría el Hospital de Sta. María la Nueva, fundación de Nuño Pérez de Monroy (1), iglesia de la Magdalena (2) y convento de las Huelgas (3). Calles Ancha de la Magdalena (4) Angosta (5).

su demolición o abandono, Pero Núñez lo mejoró y dotó hasta transformarlo parte en hospital, parte en casas, llamadas posteriormente «casas de la Magdalena». Adeline Rucquoi piensa que «probablemente el hospital que funda intramuros Pere de Monroy, con el nombre de Santa María la Nueva, sustituye al que administraban los templarios en la puerta de San Juan».<sup>21</sup>

Monroy obtuvo de la reina permiso para colocar su hospital bajo el patronato del nuevo convento de las Huelgas. Al año siguiente, el legado del Papa concedía una indulgencia de 40 días a todos los fieles que, tras confesarse y comulgar, dieran una limosna para la construcción del hospital de Nuestra Señora. Velo Nieto apunta que «el monasterio de las Huelgas recibió beneficios tangibles de conservación y ornato del benemérito Monroy, pues a esta Santa Casa encomendó, a la hora de su muerte en 1364, el patronato del hospital que fundara en Valladolid».<sup>22</sup>

En la actualidad no existe ni ese hospital ni siquiera sus restos. Pero es muy probable que, si no exactamente sobre su propio suelo, sí en su entorno inmediato, sea donde se levanta la actual Facultad de Medicina, proyecto llevado a cabo a finales

<sup>21</sup> RUCQUOI, A. (1998). *Valladolid en la Edad Media*, 2 vols., p. 285. Valladolid: Junta de Castilla y León.

<sup>22</sup> El autor está utilizando una cronología diferente, ya que en la fecha citada el abad de Santander había fallecido: VELO NIETO, G. (1950). Don Nuño Pérez de Monroy. *Hispania Sacra*, III, 23.

del siglo XIX. En el solar que quedó cuando el hospital fue demolido se abrió una calle llamada de los Templarios que discurría paralela a la de la Magdalena. El urbanismo modernista de finales del XIX se propuso ensancharlas, y con tal propósito rompió la traza clásica del viejo Valladolid, llevándose por delante estas dos viejas calles de Templarios y la Magdalena, haciendo que entre ambas se formase una sola avenida. Las calles de la Magdalena y Templarios perdieron así no solo su trazado original, sino también su nombre, que fue sustituido por el más pomposo de Colón, personaje que jamás estuvo en la casa, convertida actualmente en el llamado Museo de Colón.

Don Nuño legó todos sus bienes al hospital que había fundado como consta en su segundo y definitivo testamento<sup>23</sup>. Nuño Pérez de Monroy murió el día 2 de agosto de 1326 y fue enterrado en la capilla mayor del hospital que fundara en el antiguo convento templario.<sup>24</sup>

### **1.5. La ermita de San Juan y los vericuetos de su historia: de San Juan el Viejo a San Juan el Nuevo**

Todo un rosario de pontífices y reyes se sucedieron hasta que el tiempo y sus vericuetos dieron, por fin, descanso a la historia de los templarios de Castilla que, finalizada su hazaña conquistadora, se pusieron al servicio de reyes y señores feudales como administradores y banqueros. Peor suerte que los castellanos tuvieron el resto de los templarios europeos. Muchos de ellos acabaron sirviendo de piras para espectáculo público.<sup>25</sup> Algo similar, aunque en coordenadas históricas diferentes, se produciría más

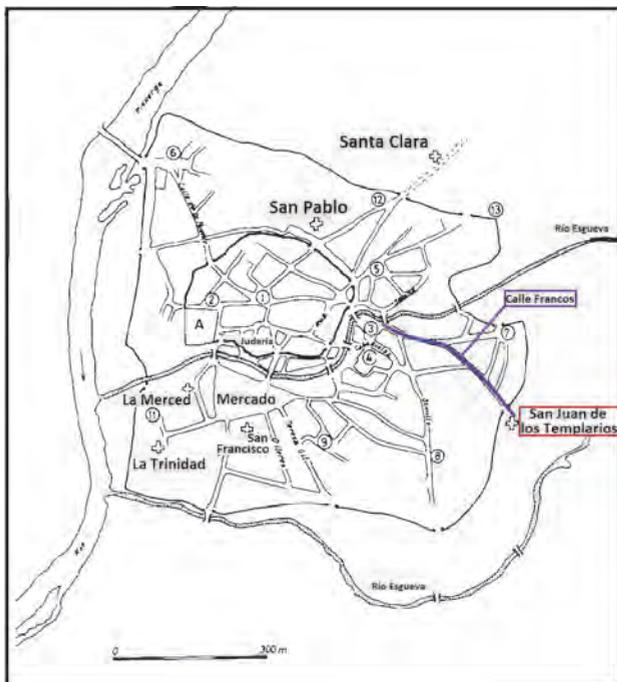
---

<sup>23</sup> En el primero de ellos manda «que hagan un hospital aquí en Valladolid, dentro de la huerta en las mis casas en que yo moro...». A continuación, desarrolla una larga cita de las posesiones que deja para su hospital: «aceñas, casas, viñas, maravedíes, en diversas ciudades del reino... y en las casas que yo moro en Valladolid que se partan, y hagan casas de ellas en que moren caseros que rindan para este hospital... y que los capellanes de este hospital moren dentro en el hospital cada uno en su casa». También manda que en las Huelgas, donde yace la reina, se haga una «iglesia de tapias cubierta de madera, cerca del canillo (¿cabildo?) y que digan allí las horas, como hasta ahora en el palacio...». Tales indicaciones están recogidas en el Archivo de la Huelgas Reales de Valladolid (en adelante AHRV), Tumbo B (1721).

<sup>24</sup> En su epitafio puede leerse la siguiente leyenda: «Aquí yace don Nuño Pérez de Monroy, abad de Santander, Notario Mayor por el rey don Alonso del reino de León. Fizo este hospital para los omnes mantener en el servicio de Jesucristo, de la Virgen Santa María, su madre, y de la Corte Celestial por su alma en remisión de sus pecados. Fue canciller de la reina doña María, que edificó el Monasterio de Las Huelgas, que es aquí en Valladolid, e fue a dos días andados del mes de agosto era mil y trescientos e sesenta y cuatro».

<sup>25</sup> Sobre el final dramático e interesado de lo templarios véanse BECK, A. (1996). *El fin de los templarios, un exterminio en nombre de la legalidad*. Barcelona: Ediciones 62; BARBER, M. (1999). *El juicio de los templarios*. Madrid: Editorial Complutense; DEMURGER, A. (2000). *Auge y caída de los templarios 1118-1314*. Barcelona: Martínez Roca, y ESTEPA DÍEZ, C. (1975). La disolución de la Orden del Temple en Castilla y León. *Cuadernos de Historia*, 6.

tarde en Valladolid con el martirio de fuego aplicado a otras hijas de San Bernardo, también por «intereses de Estado».



Plano de Valladolid en el S. XIV, según A. Rucquoi, en el que aparece la ermita de San Juan de los Templarios, extramuros de la ciudad.

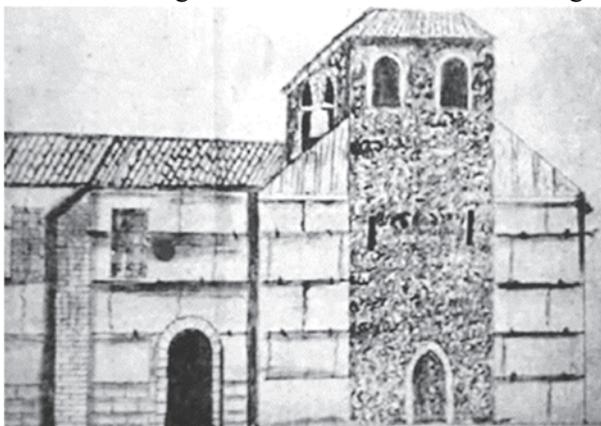
lares, columnas sin fuste o, tal vez, alguna inscripción difícil de descifrar e imposible de darle el sentido que se proponían quienes la esculpieron siglos atrás en un mármol perfecto.

La actual iglesia de San Juan está situada en el suelo en el que se levantó la primitiva ermita templaria del mismo nombre. Se trata de un lugar estratégico por estar asentada al cobijo de la muralla y junto a la puerta que llevaba su propio nombre, la puerta de San Juan, a la entrada de la ciudad en el arranque de la calle Francos. Poseía características propias de su origen bajomedieval, sin pretensión alguna de grandeza, de corte austero, y construida a base de materiales mezcla de piedra y mampostería. Tal es como la conocemos por un dibujo que recoge Antolínez de Burgos, extraído de una colección de dibujos pertenecientes a la Biblioteca Nacional: «baja y alargada, según la época, sin cabecera absidal y encorsetada por poderosos contrafuertes, toma cierta altura gracias a la torre que remata en un modesto campanario y que sobresale escasamente del tejado

La operación urbanística que en el siglo XIX borró el nombre de los templarios del plano de la ciudad redujo también a la nada los restos del convento y sus habitáculos. No consiguió, sin embargo, borrar del escenario a uno de sus protagonistas originales, la iglesia de San Juan, aunque el edificio que hoy sirve de parroquia nada tiene que ver con la ermita original del siglo XII. Los vericuetos de la historia juegan con los hombres y con las obras que estos van construyendo a lo largo de los siglos: con frecuencia, de lo que el hombre levanta con vocación de permanencia eterna solo quedan restos irreconocibles, algunas piedras singu-

a dos aguas que cobija la ermita».<sup>26</sup> Esta imagen da idea de cómo pudo ser el oratorio templario, si bien en el plano de Ventura Seco (1738) se dibuja una pequeña iglesia de aspecto más airoso que la de Antolínez. En cualquier caso, los siglos se irían encargando de su permanente transformación.

Las intervenciones arqueológicas efectuadas en su entorno difícilmente permiten localizar restos de estructuras poderosas o vestigios contundentes del monasterio e iglesia templarios. El indicio más significativo pudiera ser un murete, de imprecisa cronología, localizado en la plaza de San Juan y sus alrededores. La ficha del *Catálogo arqueológico* del Plan General de Ordenación Urbana de Valladolid (PGOUVa) sitúa la iglesia de San Juan formando un cuerpo estructural único con el monasterio templario.<sup>27</sup>



Ermita templaria de San Juan, según un dibujo recogido por Antolínez de Burgos (Biblioteca Nacional).

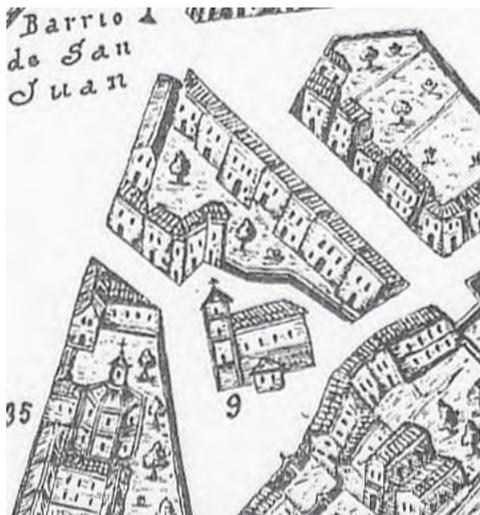
San Juan Bautista era el santo predilecto de los monjes templarios. Bajo su advocación se construyeron multitud de asentamientos de la Orden. En Valladolid su impronta favoreció el nacimiento de uno de los barrios más populares y característicos del mapa urbano. Pero ¿fue la ermita primitiva de San Juan una cesión de los reyes para que, en su entorno, construyeran los templarios su convento (en ese caso la ermita sería preexistente a su llegada), o se construyó de nueva planta todo el conjunto conventual?

Una vez disuelta y abolida la Orden, la iglesia de San Juan fue destinada a parroquia. La vocación parroquial de la ermita se ha ido transmitiendo en la historia a través de mil vicisitudes, conociendo días de esplendor y profundas renovaciones, hasta la total demolición, dado su estado de ruina. Tal vez la intervención más considerable pudiera ser la que sufrió el edificio en la segunda década del siglo XVII: la nave del Santo Cristo fue demolida, se reconstruyó la bóveda de Santa Lucía, se hicieron serias

<sup>26</sup> ANTOLÍNEZ DE BURGOS, J. (1887). *Op. cit.* Esta obra (1557-1638), que no se imprimió hasta 1887 gracias a Juan Ortega Rubio, se vio manipulada con diversas correcciones y añadidos durante siglos. El mismo Ortega advierte que tiene dudas de si esa primera obra impresa concuerda fielmente con los textos manuscritos originales. El Archivo Histórico Nacional conserva cinco copias diferentes. Solo una de ellas, en dos volúmenes, tiene ilustraciones y, con seguridad, es en esa copia donde podemos encontrar la imagen que representa a la iglesia de San Juan llamado el Viejo, que aquí reproducimos.

<sup>27</sup> Revisión del PGOUVa (2012). Información urbanística y avance (Catálogo arqueológico, ficha 091).

reformas en la sacristía y desaparecieron los posibles artesanados originales. Su interior fue transformado para enriquecerlo y dotarlo de la exuberancia que Trento impulsaba por entonces: altares barrocos, tallas de formas prestigiosas, lienzos de grandes proporciones, retablos, pinturas, nuevas capillas dedicadas según la devoción de los fieles: Santa Lucía, la Consolación..., etc. Nombres como el del arquitecto Felipe Guerrero,



Fragmento del plano de Valladolid de Ventura Seco (1738) en el que aparece la ermita templaria de San Juan.

compulsiva de viviendas. El solar quedó liberado, mientras que los oficios parroquiales se trasladaban al templo cisterciense de Nuestra Señora de Belén, de idéntica raíz espiritual común con los templarios de Bernardo de Claraval. Los lances de la historia sirvieron así de hilo conductor para que la vivencia templaria se trasladara, de uno a otro, a los vértices de lo que llamamos *Triángulo Místico*. A partir de la demolición de la ermita primitiva, los fieles del barrio identificaron siempre a su antigua iglesia como la «iglesia de San Juan Caído».

Todo parecía llevar al olvido definitivo de la huella templaria, pero la vocación espiritual de la zona parecía seguir insistiendo en su reivindicación histórica: este lugar sagrado no debía extinguirse ni ser objeto de especulación, ni tampoco albergar cualquier salón de baile o unos grandes almacenes al uso. Todo podría haber ocurrido si la iglesia de San Juan hubiera seguido el camino de decenas y decenas de conventos singulares y templos magníficos de los que no queda ni rastro.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Como ejemplo bien patente sirva lo que fue el colosal convento de San Francisco, en pleno corazón de la ciudad, convertido actualmente en una amalgama de usos que van desde un teatro a una joyería, una cafetería, un edificio de oficinas y viviendas de semilujo. Habría que recordar que en dicho convento

el maestro de obras Juan Fernández de Santa Cecilia, escultores y ensambladores como Cristóbal Velázquez, Diego de Basoco, o Blas Martínez de Obregón dejaron su firma y su obra en aquel templo que, aun cayéndose de vejez, se adornaba de joyas como una dama venida a más en sus días finales.

De la ermita templaria recoleta y humilde, fue quedando con los siglos únicamente el esqueleto, cada vez más debilitado, aunque más adornado, hasta terminar cayendo, una vez abandonada por ruina.

El eco del rito templario, de su salmodia y su recuerdo nunca extinguidos, junto al fervor de los vecinos, protegieron el solar de la iglesia frente a intentos repetidos de dedicarlo a la edificación

Frente a este terremoto cultural que en los siglos XIX y XX arrasó tantas joyas históricas y arquitectónicas, la parroquia de San Juan se resistió a desaparecer de la memoria colectiva, a tal punto que, tras la demolición de la primigenia ermita, su función parroquial pasó a la iglesia conventual de Belén. Estuvo después ubicada por algún tiempo en las Huelgas Reales, pasó más tarde al templo jesuítico de San Bartolomé (San Esteban), hasta instalarse definitivamente en el nuevo templo, el actual de San Juan Bautista.

### 1.6. El obispo Gandásegui y su alcázar de Cristo Rey

Esta vuelta de la parroquia a su lugar de origen se debe a la voluntad de un vasco, arzobispo de Valladolid desde 1920 hasta 1937, don Remigio Gandásegui y Gorrochátegui.<sup>29</sup> Aparte de arzobispo, Gandásegui era senador en Cortes por designación real. La doble militancia espiritual y política parece acercar de alguna manera al obispo Gandásegui a los fundamentos templarios, aunque, también, una mirada fugaz sobre determinados obispos y políticos de nuestro tiempo descubriría rasgos muy comunes con dichos ancestros.<sup>30</sup>

Fue el obispo Gandásegui, hombre poliédrico y contradictorio, quien ordenó la construcción de la nueva iglesia de San Juan, cuyo solar permanecía disponible desde su demolición hacía ya un siglo. La historia de la decisión episcopal tiene también un interesante recorrido. La grandilocuencia de Gandásegui le llevó a proyectar la construcción de lo que llamaría «el alcázar de Cristo Rey», suntuosa fortaleza que debería ocupar toda una manzana en torno a la iglesia de San Ambrosio. Una torre de 125 m de altura sería el centinela espiritual de la ciudad y, a la vez, el dedo indicador de la patria celestial. El destino impidió tal derroche. Gandásegui no cejó en su empeño de

---

vivió y murió Cristóbal Colón. Solo la esquizofrenia histórica y la incultura municipal pueden explicar por qué la supuesta Casa de Colón ha llegado a estar ubicada en lo que siempre fue territorio templario.

<sup>29</sup> BERZAL DE LA ROSA, E. (1999). *Remigio Gandásegui (1905-1937): un obispo para una España en crisis*. Madrid: BAC.

<sup>30</sup> Gandásegui no tuvo reparo en asistir en San Sebastián al «Te Deum» organizado para agradecer a Dios la toma de la ciudad por las tropas franquistas, ni tampoco en donar al general golpista Saliquet unos cuantos miles de pesetas «para sostener a nuestro glorioso ejército». En la sede episcopal, previa de la de Valladolid, el obispo era apodado como el obispo «Gastásegui» y «Derrochátegui», en alusión a los dos apellidos y su fama de derrochador. Pero fue Gandásegui tan contradictorio como la época en la que le tocó vivir. Él fue el gran impulsor de la Semana Santa y de sus procesiones, que volverían a llenar las calles de Valladolid gracias a la habilidad con que supo negociar con las autoridades republicanas: marchas militares acompañando a las tallas de Gregorio Fernández o Juan de Juni, legionarios marcando el paso tras el Santo Entierro... Las procesiones sirvieron de ocasión para rescatar las magníficas tallas de nuestros imagineros, muchas de las cuales permanecían sepultadas en el sótano del entonces Museo de Santa Cruz desde los tiempos de la desamortización. Colaboradores del obispo, indispensables en tal acontecimiento fueron Matías Sangrador y, sobre todo, Cossío, a la sazón director del Museo.

grandiosidades e ideó reconvertir el templo jesuítico de San Ambrosio que, tras la expulsión de los jesuitas, había sido constituido como parroquia de San Esteban. El obispo decidió transformarlo en la gran referencia espiritual de la devoción entonces al uso –El Corazón de Jesús–, y así la iglesia de San Esteban pasó a ser el «Templo Expiatorio Nacional de la Gran Promesa», hoy conocido como el Santuario Nacional de la Gran Promesa.<sup>31</sup> Sin embargo, la muerte en 1937 le impidió ver culminado su proyecto, que fue consagrado en 1941, siendo arzobispo de Valladolid Antonio García y García.

La misión pastoral de Gandásegui, como la de otros muchos obispos españoles, contribuyó a insuflar de mística religiosa la Guerra Civil, a tal punto que lo que no era sino una rebelión militar contra la democrática voluntad popular se convirtió en una «Cruzada». Quienes siguieron su senda fueron llamados, consecuentemente, los cruzados. Una vez más la mística templaria –mitad monje, mitad soldado– volvió a emerger en pleno siglo XX.

Tuvo Gandásegui, sin embargo, un cierto rasgo de generosidad con los primitivos fundadores de la pequeña ermita de San Juan. Empeñado como estaba en hacer de San Esteban el gran templo expiatorio nacional, con galones similares al Sacre Coeur de París, lo anuló como parroquia e ideó construir otro templo que le sustituyera en sus funciones parroquiales.<sup>32</sup> Para eso estaba el solar de San Juan Caído. Con el dinero recaudado entre los fieles con motivo del aniversario de su consagración episcopal, comenzó las obras de la actual e indescriptible iglesia de San Juan que inauguró él mismo en el año 1932. En su interior quedan capillas barrocas, trasladadas desde la iglesia conventual cisterciense de Nuestra Señora de Belén.

La iglesia de San Juan ha sido un jeroglífico que los siglos se han encargado de ir tejiendo a partir de la memoria, la necesidad y el ingenio humanos, con resultados tan dispares como haber servido tanto a la oración de los guerreros místicos como a los «cruzados» de una Guerra Civil. En definitiva, la gran metáfora templaria del rescate del Templo. No en vano Gandásegui fue designado, por el Papa, prior plenipotenciario de todas las órdenes militares, incluida la de San Juan.

---

<sup>31</sup> Sobre el Santuario de la Gran Promesa puede consultarse la reciente publicación de PALOMARES IBÁÑEZ, J. M. (2017). *Rasgos nacionalcatólicos. La revista Reinaré en España (1934-1970)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

<sup>32</sup> Véase en el apéndice documental la carta dirigida al arzobispo de Valladolid D. R. Gandásegui relativas a la parroquia de San Juan por el arzobispo de Santiago. P. Zacarías Martínez (1929) , nº 13.